

1

Los brazos largos del viento

Había una vez una niña que se llamaba Ada.

Una mañana de otoño, Ada salió de su casa para jugar.

Bajó la escalera saltando sobre el pie derecho.

Recorrió el parque saltando sobre el pie izquierdo.

Y se detuvo en la acera, hasta que el semáforo encendió su luz verde.

Entonces, cruzó el paseo marítimo y entró en la playa.



En la playa, Ada recogió conchas y caracolas, piedras brillantes y trocitos de madera de formas extrañas.

Luego, la niña comenzó a jugar con la arena:

Levantó muros y torres y almenas; excavó puertas y túneles y fosos...

Finalmente, sobre la arena de la playa, se elevó el castillo de arena de Ada.

La niña estaba muy contenta, porque el castillo que había construido era muy hermoso.

Pasó el tiempo y vino la marea.

El agua inundó las puertas, los túneles y los fosos.

Derribó los muros y las torres y las almenas.

Llegó una ola.

Y dos.

Y tres...

Llegaron todas las olas que el mar acercaba a la orilla.

Y fue como si, sobre la arena de la playa, nunca se hubiera levantado el castillo de Ada.

Cuando perdió su castillo de arena, Ada se fue al parque.

El suelo estaba cubierto de hojas muertas, que el viento del otoño había arrancado de los árboles.

La niña jugó a arrastrar las hojas para hacer montones.

Luego, jugó a deshacer los montones con el pie.

Finalmente, recogió las hojas más doradas y brillantes y comenzó a colocarlas con cuidado sobre el suelo.

De esta forma, Ada dibujó con ellas un sol, un árbol y una paloma con una ramita en el pico.





La niña se subió sobre un banco del parque para contemplar aquel dibujo que había hecho con las hojas caídas de los árboles.

El cuadro de Ada era muy hermoso.

Por eso, la niña aplaudió y rio y saltó alrededor.

De pronto, sopló el viento fuerte del otoño y arrastró todas las hojas en una danza vertiginosa y turbulenta.

Ada se quedó muy triste al ver que su dibujo volaba en pedazos por los aires.

Entonces, la niña pensó: «No se puede construir nada junto al mar o expuesto al viento».

Por eso, cogió una ramita que había en el suelo y comenzó a dibujar sobre la tierra.

Hizo las rayas muy profundas, para que el viento no pudiera borrarlas.

Y cuando terminó su dibujo, Ada sonrió de nuevo.

Porque allí estaban otra vez el Sol y el árbol y la paloma con una ramita en el pico.

De pronto, se oyó el ruido de un trueno.

Era como si, en alguna parte, se hubiera cerrado de golpe una gran puerta.

Ada vio caer sobre su dibujo gruesas gotas de lluvia.

Y cuando las gotas de la lluvia borraron su dibujo, la niña regresó a su casa.

Ada se asomó a la ventana.

Miró las olas del mar, que chocaban contra las rocas y se deslizaban sobre la arena de la playa.

Miró los brazos largos del viento, que arrastraban las hojas muertas por los paseos del parque, por las calles y las plazas.

Miró las monótonas gotas de la lluvia, que corrían paralelas por el cristal de la ventana; igual que las lágrimas, por sus mejillas.

La niña estaba triste, porque el mar y el viento y la lluvia habían destruido aquellas cosas tan hermosas que había creado.

Ada ya no tenía ganas de jugar.

Por eso, sacó sus libros y comenzó a leer.

De pronto, pasó la mano por las páginas del libro y sonrió.

Reía porque ni la fuerza del viento, ni la fuerza del tiempo, podían destruir aquellas palabras y aquellos dibujos.

Ada cogió un cuaderno y la caja de los lapiceros.

Escribió:

primavera

Y todas las letras se llenaron del recuerdo de las flores, las mariposas y los pájaros.

Escribió :

verano

Y las vocales y las consonantes se llenaron del calor del Sol, que había dorado la espalda de las playas.

Escribió:

invierno

Y los puntos de las íes bailaron igual que los copos de nieve, que pronto comenzarían a caer.

Ada miró por la ventana y contempló



la calle.

Entonces, escribió:

otoño

Y dentro de aquella palabra vivían todas las hojas de los árboles, las hojas de un tebeo roto y un sombrero gris, que el viento llevaba en volandas.

La niña continuó dibujando.

Inventó la historia de una hoja de árbol que, gracias al viento del otoño, encontró muchas amigas y pudo bailar con ellas una danza llena de alegría.

Y la historia de las hojas de un tebeo, que había escapado de las manos de un niño, porque ya era hora de que aquel niño comenzara a leer libros.

Y la historia del sombrero gris, que había escapado de la cabeza de su dueño; porque soñaba con ser una maceta y que le

floreciera en la copa una rosa roja.

Cuando terminó de escribir, Ada sonrió satisfecha.

Porque el viento nunca podría llevarse aquellas historias tan hermosas.

Entonces, cogió la caja de los colores y, casi sin darse cuenta, dibujó en su cuaderno el castillo de arena, el Sol y el árbol y la paloma con una ramita en el pico.